





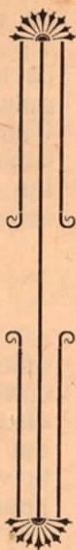




## AL SANTO DE NUESTRA DEVOCION PARTICULAR

Cuando a los celestiales moradores,  
Demandando favor, alzo el gemido,  
A todos los invoco protectores  
Y a todos clamo en suplicar rendido:  
Pero aunque sé que todos bienhechores  
Su favor me han de dar si se los pido,  
Tú no obstante en mis súplicas perenes  
Mi ardiente ruego sobre todos tienes.

Yo, Santo mío, la razón ignoro  
De mi pura y celeste simpatía;  
Sólo sé que te llamo y que te imploro  
Con predilecto afán del alma mía:  
Dios, cuyo juicio sacrosanto adoro,  
Lo quiere en su eternal sabiduría,  
Y pues así lo place disponello,  
Señal es cierta de que gano en ello.



Vuelve propicio, pues, el rostro afable  
A quien así sus preces te dirige,  
Y así con ansia pura, inexplicable  
Tu especial protección y amparo elige:  
Dame cordura en el placer inestable;  
Dame consuelo si el dolor me aflige;  
Dame tu auxilio, en fin, en todos casos,  
Y guía siempre a la virtud mis pasos.

Tú mi refugio predilecto eres  
Después de Dios y de su Madre Pía,  
Y es bien ¡Oh Santo! que en velar te esmeres  
Por quien así sus ansias te confía:  
El favor y el amparo que me dieres  
Gloria tuya han de ser no sólo mía:  
¿Como negarme, pues, tu auxilio santo,  
Cuando en ello los dos ganamos tanto?

## LA HUMILDAD DE UN PRELADO

Del difunto Cardenal Cullen, arzobispo de Dublín, se cuentan edificantes anécdotas, que reflejan su celo apostólico y humildad ejemplares.

Una vez, en una noche terrible de tormenta, se recibió aviso en el palacio arzobispal de que un enfermo de gravedad pedía un sacerdote en un hotel de la ciudad cuyo propietario era protestante.

A pesar de la oscuridad, de la lluvia que caía copiosamente y del barro que llenaba las calles, salió a altas horas de la noche un ministro del Señor para asistir al moribundo que reclamaba los auxilios de la religión.

El sacerdote cumplió con su deber administrándole los últimos sacramentos y confortando su alma para el viaje a la eternidad. Terminando su cometido, el propietario le invitó a sentarse junto al brasero en su propio despacho.

El protestante creyó el momento oportuno para hacer proselitismo, y así, después de ofrecerle una reconfortante bebida, le dijo: «En realidad, Padre, se necesita valor y espíritu de sacrificio para andar por estas calles de Dublín con el tiempo que hace. Y pensar, añadió, en el orgullo y holgazanería de estos obispos y cardenales, no es esto monstruoso? De seguro que mientras el Cardenal Cullen le ha enviado a usted con esta lluvia y con este barro y con un tiempo tan horrible por las calles de la ciudad, él estará muy sentado junto al fuego, saboreando una copa de whisky.

—Me parece que le está usted calumniando—contestó, sin inmutarse, el sacerdote.

—¿Por qué?

—Porque tengo la seguridad de que no hace nada de lo que usted dice.

—Apostaría cualquier cosa a que es verdad lo que digo. ¿Tiene usted alguna razón para negarlo?

—Tengo la mejor de las razones. Usted no ha preguntado mi nombre, y seguramente no me conoce.

—No. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Cullen. Soy el Cardenal Cullen.

Como movido por un resorte, el hotelero se puso en pie, consternado y balbuciente, intentando excusar su plancha. Perdóneme Su Eminencia. He obrado por ignorancia. ¿Aceptará un carruaje para su regreso?

—De ninguna manera. Puedo volverme de la misma manera que he venido. Estoy acostumbrado a esta clase de viajes».

Pocos días después, el hotelero pedía a un sacerdote que le instruyera en el catolicismo, y a no tardar era recibido dentro de la Iglesia Católica.

La práctica de la humildad fué la piedra de toque de que se sirvió el Señor para atraer aquella alma a la verdadera fe.

## LA IGLESIA Y EL PROGRESO

Hay gente ignorante a quien no se le cae de la boca el tema, de la oposición de la Iglesia y del Clero, a todo progreso humano. Pero los hechos, diariamente se encargan de desmentir esa maligna interpretación.

Ayer era la inauguración de una potente y perfeccionadísima estación radiofusora en la ciudad del Vaticano; luego las pruebas de telefotografía con aparato Belin, y hoy la aplicación de la electricidad al toque de las campanas de la Basílica de San Pedro.

La campana grande de la Basílica de San Pedro ha dejado de dar sus toques característicos. También el campanillo ha sido reducido al silencio. Las dos campanas, la primera de las cuales tiene un diámetro de 2,30 metros y pesa 28 mil libras, sin el badajo, bien merece un reposo después de tantos años de actividad ininterrumpida.

También la otra campana pequeña, llamada de la Rota y del Sermón, será en breve desmontada.

Pero no se crea que todo esto obedece al deseo de que enmudezcan esas campanas, sino al propósito de que pueda verificarse el toque de las mismas con toda comodidad y con menores dispendios.

La Reverenda Junta de la Fábrica de San Pedro ha decidido sustituir el primitivo sistema de sonidos con otro más moderno de electricidad. Así también la campana del más grande templo de la Cristiandad será puesta en acción mediante un dispositivo en el que alterna la corriente en el modo de imprimir a cada una un determinado movimiento oscilatorio.

El nuevo sistema evitará el peligro permanente que corre el campanario y llevará además en el balance de la Reverenda Junta de la Fábrica, una economía no indiferente.

Efectivamente en San Pedro no existirá el oficio de campanero.

Este oficio no dejaba de ser laborioso, especialmente con ocasión de la fiesta patronal de San Pedro. En tal festividad, por antigua costumbre, la campana de la Basílica debiera sonar una hora tres veces al día, por la mañana, por el medio día y por la tarde, durante la semana anterior a tal fiesta.

Los que tenían ese cargo habían de ser jóvenes robustos. Con la aplicación del sistema eléctrico no será necesario gastar fuerzas ni siquiera subir al campanario. Bastará poner en juego unos pequeños interruptores.